

CAPITULO XVII

La caverna de Cacahuamilpa

Al Sur de la capital de México, en el departamento que lleva este nombre, se encuentra una de las cosas más notables y dignas de ser visitadas por el viajero. La Caverna de Cacahuamilpa, encajonada en el distrito de Tasco.

Esta Caverna, imponente y sublime, en cuyas inmediaciones se levanta pintoresca una cadena de montañas, debió servir, sin duda, a juzgar por las ruinas de un monumento, a manera de altar, que se conservan en la cima de una montaña colocada al frente de su entrada, al sangriento culto de los antiguos mexicanos.

Por la estrecha vereda que desciende por las montañas calizas, en dirección a esta obra admirable de la naturaleza, se veían dos hombres a caballo.

El uno, de aspecto noble, bien vestido, joven y de gallarda presencia, parecía examinar con ojo inteligente el interesante espectáculo que le rodeaba, en tanto que el otro, cubierta su cabeza con un sombrero ordinario, de paja de inmensas alas, en mangas de camisa y ancho calzón blanco de algodón, sujeto a la cintura por una faja encarnada, silbaba una canción popular de Tierracaliente, sin cuidarse de lo que a su compañero conmovía; indiferente a cuanto le cercaba.

Ambos iban armados de pistola y espada.

A medida que avanzaban hacia la Caverna, en la fisonomía del jinete principal se pintaban el asombro y la admiración.

El animado cuadro que se presentaba a su vista, era grandioso y nuevo.

No era la naturaleza que copiaba en sus preciosos cuadros de brillante colorido el excelente pincel del fecundo Velázquez, el príncipe de los pintores españoles. No sus célebres paisajes de la «vista del Pardo» ni de los «jardines de Aranjuez», obras perfectas, acabadas con la primera mano, donde apenas están señalados los contornos de los objetos, ni cubierto el lienzo; donde la tierra, el cielo, los árboles, las flores, todo está amontonado y sin detallarse; cuadros que si uno no se aproxima a examinarlos detenidamente de cerca, no hallará, como en una decoración que se toca con el dedo, más que la incertidumbre y el caos;

pero si se retira a distancia de cuatro pasos, la confusión desaparece, el mundo se crea de nuevo, las hojas de los árboles parecen moverse al impulso de la brisa, y la naturaleza aparece exuberante, virgen, bella, sencilla y sublime.

No era la perspectiva risueña que inspiraba a este gran pintor la que se presentaba a la vista de nuestros dos viajeros; era, sí, la naturaleza imponente, severa, terrible, que copiaba el poco conocido y célebre Collantes para sus lienzos como la «visión de Ezquiel», única composición, que existe suya en el Museo de Madrid, pero tan preciosa que esa sola página de su talento, equivale a un libro entero, escrito para inmortalizar su nombre.

El joven y arrogante jinete llegó por fin a la boca de la Caverna, y se desmontó de su caballo.

El que le acompañaba, y que debía sin duda servirle de guía, bajó también del suyo; tomó el corcel del primero y lo amarró junto con el suyo, a la entrada del sitio que parecía se disponían a visitar.

El principal de nuestros personajes se detuvo delante del objeto que tenía a la vista, asombrado de la grandiosa portada de aquel palacio subterráneo, debido a la sola voluntad del Supremo Artífice.

La longitud de la base de la entrada era de ciento treinta pies; la altura del arco natural que formaba la imponente entrada, no bajaba de 27 varas, ni de 50 su admirable anchura. El atrevido arco de esta colosal portada, lo forman enormes rocas, dispuestas con tal gusto y perfección, como si hubieran sido colocadas por el más entendido arquitecto, con objeto de revelar al mundo los adelantos del arte arquitectónico.

A los lados de esta inmensa boca, que indica la vasta capacidad de su interior, dispuso la caprichosa y fecunda naturaleza, con capas paralelas a aquella gigantesca bóveda, las más perfectas curvas para sostener el enorme peso de aquella gran montaña que gravita sobre ella.

Nuestro joven viajero, después de haber examinado detenidamente el sublime espectáculo que tenía a la vista, ordenó al que le acompañaba, encendiese dos grandes hachas de brea de varias que llevaba a prevención, y tomando una en la mano y su compañero otra, penetraron en aquel antro tan digno de conocerse como poco visitado.

Nuestros personajes marchaban en el mayor silencio, caminando sobre un piso de tierra suelta y menuda, sin hallar piedra ni obstáculo alguno que interrumpiese su paso.

Después de haber andado un espacio como de cuarenta varas, penetraron en el primer salón, ancho, espacioso; de liso pavimento como una tersa alfombra, y tan vasto que apenas la luz que arrojaban las dos hachas bastaba a disipar las densas tinieblas que lo velaban.

El arrogante joven se conmovió a la vista del grandioso espectáculo que se iba desarrollando a poco a poco a su vista, a medida que iba familiarizándose con la oscuridad de aquel recinto.

Nada más admirable, nada más grande, nada más sublime que el «bello horror» de esa naturaleza salvaje que ostenta en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su energía, el poder de quien la hizo brotar de su divino pensamiento.

Preciosas y caprichosas figuras estalagmíticas figurando esbeltas columnas, árboles y plantas, embellecían aquella espaciosa estancia, conocida por el «Salón del Chivo», a causa de la preciosa estalagmita que, junto a una pirámide, se ostenta en la forma de aquel animal mamífero.

La animación del joven viajero se aumentaba a medida que la vista, familiarizándose con la opaca luz que vertían las hachas, podía analizar la multitud de objetos que le percaban por todas partes.

El salón en que se hallaba, tenía sesenta varas de largo, cincuenta y seis de ancho y casi igual de altura.

Sorprendido de la magnitud de aquel primer departamento, que podía considerarse como el vestíbulo de la Caverna, levantó los ojos, y su asombro subió de punto al descubrir en la elevada bóveda, infinidad de brillantes cristalizaciones, imitando espléndidos cortinajes bordados de finísimas perlas, o un blanco pabellón nubífero, tachonado de resplandecientes estrellas.

Aquel era un panorama de un género nuevo y desconocido, fantástico y sublime, que realizaba las miríficas descripciones de las «Mil y una Noches.»

La vista no acababa jamás de contar los objetos que en mil caprichosas formas se sucedían, como se cambian en los sueños las figuras que nos presenta la excitada fantasía.

Después de haber bosquejado las principales estalagmitas, se dirigieron por un espacioso pasadizo que estaba en armonía con la suntuosidad de la estancia que acababan de dejar, a otro salón mucho más imponente y majestuoso que el primero, donde la naturaleza, pródiga en la ostentación de sus más raras bellezas, presentaba los objetos más

raros y curiosos que la imaginación más viva pudiera concebir.

Al penetrar en este segundo salón, la vista queda gratamente sorprendida ante los raros caprichos formados por las constantes filtraciones.

A los pocos pasos, y a la mano derecha de esta magnífica estancia, se descubre una escarpa, adornada con sólidos escalones, parecidos a los de una cascada artificial, remedando el espato calizo las amarillentas y transparentes linfas congeladas en un pavimento de bruñido y sólido cristal incrustado de menudas perlas.

Allí se ven preciosas estalagmitas, figurando blancas azucenas y colosales lirios de bruñidas corolas, vistosas coliflores que parecen ostentar las gotas del rocío; gigantes cas pirámides, que se pierden en la espaciosa bóveda de donde cuelgan como flotantes pabellones de nevada gasa, las estalactitas, con las cuales van a unirse muchas veces las estalagmitas que se elevan de la tierra.

Pero la figura más notable de este inmenso salón, cuya longitud no baja de ciento veinte varas, es la que representa una estatua egipcia, pero tan perfecta, que parece debida al cincel del más hábil escultor de la antigua Grecia.

Nuestro joven viajero estaba asombrado a la vista de aquel espectáculo tan grandioso y nuevo para él.

Absorto en sus contemplaciones, meditaba en los siglos en que debían haber transcurrido para haberse ido formando con leves gotas del agua filtrada por los intersticios de las piedras, aquellas inmensas palustres, aquellos cortinajes, aquellas estatuas, flores, tazas y animales, tan artísticamente acabados.

Profundamente conmovido por el sublime espectáculo que presenciaba, y después de haber trasladado al cuaderno las estalagmitas más notables, se dirigió hacia un arco majestuoso que se encuentra a la entrada de otra estancia no menos rica en fenómenos naturales que las que acababa de recorrer.

En esta sala, que tendría veinte varas de largo y treinta y cinco de altura, se encuentran varias figuras que sorprenden y admiran.

Allí las apariencias y las ilusiones fantásticas se reproducen a cada instante en la mezcla de sombra y de luz de hachones. Al lado de un anciano, de blanca y larga barba, vestido con el traje de los antiguos patriarcas, que sostiene en sus descarnados brazos a un tierno infante, se levanta, envuelta en un sudario blanco, una momia, cuyas

formas descarnadas se marcan perfectamente en la nevada tela que la cubre. En otra parte se destaca, no ficticia, sino realmente, como brotando de la tierra, la figura de un perro de San Bernardo, que parece cutodiar aquel recinto, y que es la estalagmita que debe dar nombre a aquel salón. En la elevada bóveda, vense multitud de brillantes estalactitas figurando regias colgaduras de plata, festoneadas de perlas y de rubíes; y aquí y allá, sobre el terso pavimento de menuda arena, altas y esbeltas pirámides, que se elevan como las columnas de un suntuoso templo.

Nuestro joven viajero, mudo de asombro y sin despegar los labios, penetró en otro soberbio salón, seguido de su fiel criado.

En esta espaciosa estancia, que tiene ciento tres varas de largo, cincuenta y cinco de ancho, y setenta de alto su admirable bóveda, se descubren soberbios y graciosos obeliscos adornando su extremidad, y una preciosa estalagmita, figurando una inmensa coliflor.

El silencioso viajero, después de haber apuntado en su cuaderno los más digno de atención, se dirigió al quinto departamento o sala, cuya principal estalagmita representa un coche, colocado horizontalmente. Aquí, siguiendo sus investigaciones, notó que la galería iba disminuyendo poco a poco su longitud, y cuando menos lo esperaba, se presentó a sus ojos una cornisa elevada gradualmente a lo largo de la pared, descubriéndose desde una imponente altura, una extensión, casi circular, de sesenta varas de diámetro. Finas columnatas, de orden jónico y corintio, se elevan gallardas y majestuosas a sostener atrevidamente el medio arco que forma la curva que nace del centro, y otras mil de igual gracia y valentía, colocadas con artística simetría, rodean y reciben el peso de este natural corredor, presentando un conjunto que sorprende y admira.

Todos los objetos que formaban aquel admirable panorama los veían envueltos en el esplendor y brillantez del espato y el cristal de roca.

Cuanto le rodea es una sucesión de maravillas que forman el conjunto grandioso e indescriptible que hacen conocer al hombre la omnipotencia de Dios y la pequeñez humana. Pero en medio de aquel espectáculo mirífico, en medio de aquellos inimitables caprichos de la naturaleza, el encanto viene a recibir un rudo golpe al notar el corte irregular con que termina la cornisa, el insondable abismo de profundos precipicios que llenan de horror el alma.

El curioso viajero, que hasta allí había manifestado una

serenidad grande, se detuvo de repente, y vaciló un instante sobre si debía seguir adelante o retroceder.

Pero poco se detuvo en esta consideración.

Su corazón, de un temple sereno y valeroso, recobró bien pronto su natural dominio, y continuó su marcha aunque por el piso bajo de donde se desprende la grandiosa columnata, sobre la cual descansa la cornisa.

De repente, una montaña brillante y blanca, cual si de bruñida plata fuese, viene a interrumpir su marcha. Su falda se compone de menuda y relumbrante arena extraordinariamente húmeda, y que hace difícil el acceso a la cima. Pero aunque el personaje que nos ocupa advierte lo falso y débil del piso, sube intrépido por él, y unas veces hundiéndose con el peso de su cuerpo, otras, resbalando y deteniéndose, logra por fin, auxiliado de la luz que despiden los hachones, descubrir la cima, en la cual se levanta una frondosa arboleda estalagmítica, cuyas cristalizadas hojas dan sombra a un profundo pozo de transparentes linfas a quien los gigantescos árboles rodean.

El corazón de nuestro joven se conmovió de asombro.

El diámetro de la montaña encerrada en aquel salón, no bajaba de ochenta y ocho varas.

A la vista de un espectáculo tan nuevo en su género, y de fenómenos tan raros y colosales formados por el agua gota a gota, su corazón se sintió bañado de un sentimiento religioso.

Afectado aún por las grandiosas emociones de lo que había visto, continuó su marcha y se encontró en el sexto salón, cuya principal estalagmita representa un gran candelabro de plata, guarnecido de preciosas y brillantes perlas.

Sin detenerse más que el tiempo necesario para copiar este objeto, penetró en la séptima estancia conocida con el nombre de «Panteón», y aquí su asombro creció a un grado supremo.

El primer objeto con que se encontró su vista, fué una admirable estalagmita en forma de un torreón antiguo, de una inexpugnable fortificación. A larga distancia de él, y colocados con orden regular, se descubrían multitud de urnas, mausoleos, y otros monumentos sepulcrales, por los que se ha dado al salón el nombre que lleva; robustos cipreses y saucos de abundantes hojas, que parecían cubiertos de nieve, se encontraban esparcidos por aquel espacioso recinto, que con tanta perfección remedaba un lúgubre y silencioso camposanto.

La admiración de nuestro héroe iba en escala progresiva a medida que recorría los salones.

Casi no se atrevía a dar crédito a sus ojos de lo que veía y palpaba.

Paréciale todo un sueño fantástico, y que se encontraba transportado por la fantasía a una cueva encantada de las descritas por los visionarios autores de los libros de caballerías.

Un pavoroso silencio reinaba en todas partes, silencio imponente que sólo era interrumpido por el continuo golpeo de las gotas de agua que, filtrándose por los intersticios de la alta bóveda, continuaba elaborando sin cesar las estalagmitas, y comenzaban a formar otras nuevas de hechura caprichosa, que dentro de algunos siglos cambiarían el aspecto de aquellos subterráneos salones.

Anhelando conocer cuanto encerraba en su profundo seno aquella maravillosa Caverna, entró al octavo salón, cuya principal estalagmita remeda el tronco de un palmero seco; visitó el noveno, donde hay una concreción con el aspecto de una piña; pasó al décimo, que por sus revueltas y tortuosidades se llama el «Laberinto», y desde el cual empuja el mal piso, y se detuvo a descansar en el undécimo, conocido por el de «la fuente», llamado así por el depósito pequeño, pero perenne, de agua potable y fresca, formado por las filtraciones, y que es muy agradable acercar a los labios después de un viaje tan penoso por aquellos subterráneos, donde la temperatura sube a 23 grados R.

Nuestro joven sacó del bolsillo un vaso de goma, y bebió de aquella limpia y cristalina agua, que estaba convidando a refrescar.

En seguida, y después de haber descansado un instante, se dirigió por uno de los dos desfiladeros de corta extensión, al salón duodécimo a que ambos conducen, grandioso por su capacidad y por la inmensa elevación de su imponente bóveda.

Allí no se cansa la vista de admirar millares de graciosas grutas, elaboradas por las aguas calizas que, cayendo gota a gota, en distintas direcciones, remedan, heridas por la luz de las hachas encendidas, perlas y menuda lluvia de oro, que desciende de las flotantes nubes de luciente plata.

Pero nada más sublime y grandioso, nada más admirable y sorprendente, que las pirámides monumentales que se destacan desde el suelo hasta tocar la altísima bóveda en los salones trece y catorce de este palacio, formado por

la naturaleza en las entrañas de la tierra. Aquellas altísimas torres, aquellos gigantescos árboles, aquellas sólidas columnas repartidas por las galerías subterráneas, tan extensas, que la luz de los hachones, por muchos que sean dudan romper sus espesas sombras, producen una sensación tan profunda, tan tierna y religiosa, que es preciso conservarlas por toda la vida.

El personaje que nos ocupa, dijo al que le acompañaba que le siguiera, y penetraron en el décimoquinto salón, que es el último de aquella admirable Caverna, y uno de los más vistosamente decorados.

Al llegar a él, le parece al viajero que penetra en un grandioso templo católico, por la multitud de estalactitas en forma de blancos tubos unidos, que remedan perfectamente la figura de un órgano. A un lado, y para que la ilusión sea completa parece levantarse un altar, sosteniendo la figura de un santo apóstol, envuelto en su blanco traje talar, y colgando de la elevada bóveda, se ven robustas estalactitas de variadas y caprichosas formas, que imitan las graciosas molduras que adornan los regios techos de los alcázares persas.

El personaje que nos ocupa volvió a abrir su lujoso cuaderno, y se puso a dibujar una de las estalagmitas de más delicado gusto.

El hombre del bajo pueblo le alumbraba, y miraba silencioso y con curiosidad los pequeños bocetos, que con una rapidez asombrosa concluía.

De repente, al dar vuelta a la hoja el dibujante para delinear nuevas estalagmitas, dejó escapar el criado una exclamación de sorpresa al ver dibujada con admirable maestría, la cabeza de una joven y hermosa mujer.

—¿Qué es lo que ha visto usted que así le sorprende?

—le preguntó el dibujante continuando su trabajo.

—La cara de esa señorita que está en esta otra hoja.

—¿Le parece a usted bien?

—Perfectamente. Ahora sí digo que es su merced el hombre de más talento en el mundo.

—¿Por qué?

—Porque la verdad, señor amo, sólo le falta hablar a ese retrato.

—¿Y cómo sabe usted que sólo le falta hablar?

—Porque conozco a la señorita.

—¿Usted la conoce?—dijo el joven dejando de dibujar y mirando con interés a su interlocutor.

—¡Vaya si la conozco! Como que durmió una noche en mi pobre casa.

—¿De veras?—exclamó con ansiedad el joven.

—Sin duda; en el callejón de Recabado; la llevó mi hija, cuando la justicia entró en posesión de cuanto tenía don Felipe Flan.

—¡Ah! ¡la confunden, como yo la confundí, con la mujer que es su exacta semejanza!—exclamó el viajero, dejando ver en su rostro el desencanto y la tristeza.

—Pero yo era un pobre albañil —continuó el hombre del pueblo sin haber puesto cuidado en las palabras del joven ni el cambio que se operó en su semblante—; y al siguiente día tomó un cuarto en la misma casa de vecindad, hasta que, viéndose sin «tlaco», se fué a otra viviendita, donde la visité varias veces con mi hija, que había sido su criada en casa de don Felipe. ¿No es verdad que es la misma, señor amo Núñez?

—No, amigo mío, ¡no es ella!—contestó con amargura Núñez.

—¡Cómo! ¿No es la señorita Soledad?

—Sí; la señorita Soledad es en efecto; pero no es ese el nombre de la joven que representa.

—Bien; ya sé yo que esa señorita se llama también de otra manera; pero es la misma.

—¡Es posible! ¿Usted sabe que tiene otro nombre?—le interrumpió Núñez, volviendo a brillar en sus ojos la ansiedad más intensa.

—¡Vaya!, como que se lo oí pronunciar a un padre que la visitaba y socorría.

—¿Y cómo la llamaba ese sacerdote?

—Adela.

—¡Adela! —exclamó Núñez, dejando caer abatido la cabeza sobre el pecho—. ¡Era ella misma! ¡Era la joven a quien seguí anhelante hasta su casa! ¡La misma del concierto...! ¡Ah! ¡cómo pude desconocerla! ¡cómo pude creer que pudiese ser otra que la que amaba mi corazón! ¡Y yo, que la traté con despego..., con crueldad..., con indiferencia..., casi con desprecio! ¡Oh! ¡la infeliz me habrá maldecido...! ¡habrá detestado mi nombre! ¡Oh! ¡es preciso que la vea..., que me justifique con ella, que me arroje a sus pies pidiéndole perdón por mi torpeza! Sí; la veré en cuanto vuelva a México... Mañana mismo, y al oirme, se convencerá de mi inocencia, y me perdonará.

—Conque usted ignoraba...

—Todo..., todo lo ignoraba. ¿Y dónde vive esa joven?

—Nadie sabe dónde se haya mudado.

—¿Pues no dijo usted hace un instante que su casa estaba enfrente de la de usted?

—Sí, señor; pero desde la noche del pronunciamiento de los «polkos», desapareció.

—¿Ella?

—Sí, señor amo.

—¿Y después?

—No ha vuelto a ella, ni se ha tenido razón a dónde se ha ido.

—¿Pero a nadie le dijo a dónde se iba?

—A nadie.

—¿Ni nadie tampoco la vió marcharse?

—Eso sí.

—¿Y quién?

—Varios vecinos.

—Pues ellos, sin duda, sabrán en qué sitio se encuentra.

—No, señor.

—Pues qué, ¿ninguno de ellos la acompañó?

—Ninguno.

—¿Es decir, que se marchó sola?

—Eso no.

—¡Cómo!

—La vieron irse con un caballero muy bien puesto.

—¡Con un caballero!—exclamó Núñez, herido profundamente por una emoción intensa que le oprimió el pecho; emoción horrible de pena y de dolor, nacida de la fatal creencia que cruzó de repente por su imaginación de que Adela amaba a otro..., que se había olvidado de él...; ¡de él que aun la amaba! ¡de él que no la había olvidado un sólo instante! Sin embargo, Núñez no se atrevía a culparla. —¿No soy yo —pensó para sí— culpable en ese cambio de su corazón? ¿No la vi cariñosa y tierna conmigo, indicarme la casa en que vivía, y por la cual jamás volví a pasar, engañado por el nombre de Soledad que llevaba? ¿No ha tenido mil motivos para creerse herida por mi conducta que, aunque leal y noble de mi parte, a ella le debe haber parecido incalificable, puesto que no debía dudar de que yo sabía que era Adela, la misma Adela que juró ser mía hasta la muerte? ¡Oh!, sí...; yo soy el que debo aparecer culpable a sus ojos, y no ella a los míos... La noche del concierto, cuando apoyado en mi brazo la vi esperar una palabra de cariño, ¿no permanecí mudo a su lado, y la conduje a la sala manifestando la más alta indiferencia? ¡Ah!, sí; ¡yo he desgarrado, sin saberlo, aquel corazón